



Convento de las Descalzas

Era el pariente pobre, al norte de San Mateo y por tanto siempre a su sombra. En las fotos salía la Parroquia grande y esplendorosa, y a su lado, como insinuada, la portada, el patio o la puerta de las Descalzas. Sólo se iba allí el día de Jueves Santo, porque su monumento era de los mejores y se podía enlazar bien con los frailes y la Parroquia, pero de paso. Había gente que casi nunca había entrado: allí no había bodas ni entierros, si acaso se entraba el día de Difuntos si su iglesia vecina estaba atiborrada. Era una iglesia triste.

Su cura tampoco era muy alegre. La gente decía que estaba enfermo, o que no se acostumbraba a la vida del pueblo después de salirse del convento, aunque algunos decían que era simpático si se le trataba. Para nosotros era el "cura feo". Sólo una vez le vi entusiasmado, y fue en una misa en la que explicó las maravillas de la creación y entre ellas refirió el milagro de que las ondas llegaran al transistor aun si se oía en la cama y tuvieran que atravesar paredes, mantas y sábanas. Así averiguamos que

aquel hombre también disfrutaba de ratos de felicidad cuando se dormía con música, alabando a Dios, y nos alegramos por él.

Las monjas estaban ocultas siempre, pero sus voces, algunos días algo cansadas, apoyaban con sus latines la liturgia. Cuando llegó el Concilio tardaron un poco en cantar en castellano, hasta que un día nos asombraron con villancicos y panderetas. Duró poco, porque después, en Cuaresma, volvió ese tono triste del rezo obligatorio, y cuando salíamos a la mañana de azahar de la Plaza, el puro contraste nos hacía sentirnos aún más jóvenes, cosa fácil en aquellos años.

No sé si es verdad que la memoria es estructura y que no está en ninguna porción de los cerebros, y sí en todas juntas. Tampoco sé si la memoria de los otros es la única forma de supervivencia en este mundo. Si es así, temo que las piedras de las Descalzas, aunque tuvieran espíritu, forzadas a separarse, -eso si, clasificadas y numeradas, debidamente catalogadas y amontonadas-, hayan perdido la memoria y con ella la posibilidad de ser el único testigo de ese rincón oscuro de nuestro pueblo, de los rezos mortecinos de sus monjas y del cura aquel que parecía tan triste y que era un poco feo .